Mujeres que dejan huella

Textos para una lectura caracterizada

F1316
.N8
M85
c.1

Irma Alicia Alanís de Flores
Olga Aparicio de González
Margarita Gutiérrez de Salgado
María del Carmen Islas de Garza
Martha Maldonado de Ayala
Norma Reséndez de Salazar
Ruth Zavala de Rendón

Coordinación:
Lic. Irela Garza

F1316
.N8
M85
c.1

1080087541

LIC. RICARDO C. VILLARREAL ARRAMBIDE
Director

LIC. MIGUEL DE LA TORRE GAMBOA
Secretario Académico

LIC. NICOLÁS DUARTE ORTEGA
Secretario de Extensión y Difusión

LIC. JOSÉ MA. INFANTE B.
Jefe de la División de Estudios de Posgrado

Edición a cargo de:
LIC. GENARO SAÚL REYES CALDERÓN

Formato:
SONIA NARCEDALIA FLORES RDZ.

Viñeta en portada:
FEDERICO CANTÚ

BMU Raúl Rangel Frías
UANL
FONDO
UNIVERSITARIO

14786

BMU Raúl Rangel Frías
UANL
FONDO
UNIVERSITARIO

LIMINAR

La Facultad de Filosofía y Letras, bajo la dirección de Ricardo C. Villarreal Arrambide, amplificó el Programa de Servicios a la Comunidad con la creación de Diplomados de extensión universitaria, en el área del Colegio de Historia, primero, y después en el campo de la literatura con el Colegio de Letras Españolas.

En efecto, en febrero de 1993 se ofreció el Diplomado en Historia de México, en coordinación con el Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia. En 1994 se continuó con otro Diplomado de Historia con acentuación en la cultura y en 1995 se inició un tercero titulado "México: su historia y literatura", el que concluirá en diciembre de 1996.

Paralelamente se dieron diplomados con duración anual en Linares, Lampazos y China, Nuevo León, quedando entre los diplomantes una excelente impresión de la calidad académica de la Facultad de Filosofía y Letras, demostrándose fehacientemente la factibilidad de acercar los conocimientos universitarios a la sociedad civil.

Mención especial merece un curso de catorce semanas, impartido a personal de las Juntas de Mejoramiento Moral, Cívico y Material del Gobierno del Estado. Por la recepción que tuvieron los alumnos sobre la historia de nuestro país, puede decirse que tuvo un

F1316
.N8
M85

éxito completo, pues se pudo comprender lo fundamental de la historia patria.

A nivel interno, la Dirección de la Facultad creó el Diplomado en Modernización Sociocultural, en coordinación con la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede México, al que asistieron maestros universitarios e intelectuales de otros espacios, construyéndose un programa de estudios de alto nivel que magníficas enseñanzas nos dejó, y también, el deseo de continuar con estas actividades que retroalimentan al profesorado universitario.

El Colegio de Letras Españolas ha impartido varios cursos y dos Diplomados en Redacción en la Facultad de Medicina de la UANL, al que asiste el equipo de investigadores de aquella Institución. También se han impartido cursos de redacción en el ISSSTE, Delegación Regional de Seguros y Fianzas de la S.H., y Fac. de Ciencias Químicas.

Así, podemos ver que el trabajo de extensión de la cultura se acentuó en los últimos años, pues más de 1500 nuevoleoneses han sido beneficiados. Al momento de escribir estas líneas se realiza el Diplomado Monterrey 400: Pasado y presente, con una inscripción de 370 personas y un equipo de ponentes de primer nivel.

Un resultado de todos esos trabajos es el documento motivo de esta publicación. Un grupo de damas, alumnas del Diplomado "México: su historia y literatura", con la coordinación y orientación de la Lic. Irela Garza, tuvieron la idea, y la concretaron al hacer una

investigación primero, un escrito después y una dramatización al final, de la vida de varias mujeres de Nuevo León, que han presentado en el DIF Apodaca, en la Preparatoria 15 (Florida) y en el Museo de Historia Mexicana.

No se trata de investigadoras, ni políticas militantes, ni artistas, ni feministas. Se trata de mujeres dedicadas preferentemente a sus familias, que han educado y educan a sus hijos y apoyan a sus esposos, y que gracias a la Facultad de Filosofía y Letras encontraron un espacio y una maestra, que supo inquietarlas y dirigirlas para subir un grado más en su calidad de vida.

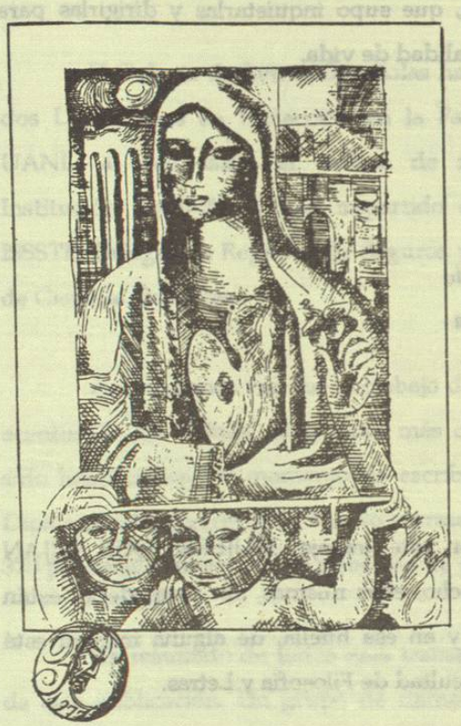
Estas damas son:

Irma Alicia Alanís de Flores
Olga Aparicio de González
Margarita Gutiérrez de Salgado
Ma. del Carmen Islas de Garza
Martha Maldonado de Ayala
Norma Reséndez de Salazar
Ruth Zavala de Rendón

Todas ellas hicieron este trabajo, MUJERES QUE DEJAN HUELLA y por haberlo hecho, ellas mismas, sin pretenderlo, están dejando su propia huella, y en esa huella, de alguna manera está inmerso el logotipo de la Facultad de Filosofía y Letras.

Nicolás Duarte Ortega

Verano de 1996



A MODO DE PRESENTACIÓN

1994. Había que resolver una interrogante: ¿Qué imagen tienes de tu persona?. Se trataba de un ejercicio de redacción, la autobiografía.

La consigna fue transformando los rostros. Surgió la sospecha generalizada de que en esta ocasión atender las instrucciones no sería tan simple como de costumbre. Las miradas que solían cruzarse con naturalidad, se tornaron huidizas; necesariamente aparecieron las voces: "olvidé el lápiz", "¿dónde dejé mis lentes?".

Era claro que, para entonces, las mujeres que como complemento a sus estudios sobre historia de México cursaban el Taller de redacción, habían ya dimensionado algunos de los peligros de *la palabra*. Sabían que cuando se describe se construye... se confronta.

Ese fue el inicio, el encuentro.

1996. Siete mujeres hurgaron en la memoria local. Buscaban el lado femenino de la historia que construyó al Monterrey 400. Buscaban también la forma de adaptar la información a un esquema que permitiera transmitir a la comunidad lo que habían aprendido.

Finalmente, este raro sueño colectivo tocó la realidad gracias a la existencia de un espacio para el ejercicio académico fuera de las aulas: el Diplomado *México: su historia y literatura*.

Mujeres que dejan huella es la manifestación de una serie de inquietudes por investigar en la historia el perfil de la mujer del norte

del país, ésa que se quedaba a cargo de los hijos y las tierras durante las expediciones del marido... ésa que se queda aquí cuando el esposo cruza la frontera para buscar trabajo. La mujer que, sólo ella sabe cómo, un día se supo dueña y señora: "ésta es mi casa, éstos son mis hijos y éste, mi compañero".

Habría de cuestionarse hasta qué punto la historia es también ficción; quizás así se entenderían mejor los textos creados a partir de una escueta ficha biográfica. Esta idea de recrear una visión de vida a través de personajes históricos ha buscado aquella palabra no feminista, no sexista y encontró, inexorablemente, un lenguaje "mujeril".

Irela Garza

MUJERES QUE DEJAN HUELLA

Primer acto.

Música.

Aparecen en una banca Leonor Gómez de Castro, sentada, y en el extremo opuesto, de pie, Josefa Zozaya. Al lado de la banca hay una mesa sobre la cual se encuentra un florero y al pie de ésta un canasto con estambres y tejidos.

Mónica Rodríguez entra por la izquierda con quinqué en mano, lo coloca sobre una mesa, dispuesta para ello frente a la banca, y se dirige al público.

Mónica Rodríguez.

Soy Mónica Rodríguez. Nací en un lugar que pomposamente era llamado Ciudad Metropolitana de Nuestra Señora de Monterrey. Mi esposo. Miguel de Montemayor, era nieto de don Diego.

Nadie entonces, ni en sus más ambiciosos sueños, hubiera imaginado que 400 años después sería esta enorme mancha urbana que contiene a tantos y tantos regiomontanos, y de Guadalupe, Apodaca, Escobedo, Santa Catarina y San Nicolás.

Los de San Pedro tienen un lugar especial en mi corazón. Ellos son hijos de los hijos de mis hijos. Tuve doce, siete hombres y cinco mujeres.

Miguel y yo fundamos la hacienda de Los Nogales... San Pedro de los Nogales. La vimos crecer con nuevas mercedes que nos fueron otorgadas y con posteriores compras.

Trabajamos con dedicación, robando horas al sueño. Luchamos por lo nuestro a brazo partido, había que defendernos de los indios: Borrados, Rayados, Pames, Cadimas, Guachichiles, Coahuilenses, Alazapas y otros.

Estábamos solos y lejos de la ciudad, pero alimentábamos nuestra fortaleza con un profundo amor a la tierra.

Un día, ya viuda, fui la orgullosa única propietaria de las tierras que comprendían desde el cañón de la Huasteca, pasando por La Boquilla, Mederos y Huajuco, hasta el Valle de Santiago o Villa de Santiago.

Contemplé muchas veces la sierra; caminar bajo su sombra era un inefable placer para mí.

Mi propiedad no era sólo de mezquites, chaparro prieto, palmas, nopales, huizaches, anacahuitas o retama; eran también los pájaros que en ellos anidan, las águilas que surcan su cielo y las serpientes que bajo ellos reptan; así como los lobos que se llaman en la noche y los osos de arriba la sierra. Eran tan míos como los indios de encomienda que enseñé a rezar. Aquellos cuyos nombres aún perduran entre ustedes: Huajuco, Hualahuises, Huinalá, los suaves nombres de los desposeídos, libres como el viento, que poco a poco fueron sometidos, eliminados. También los amé, con un respeto y una consideración especial, sabiendo que nunca se entregaron del todo.

Soy Mónica Rodríguez de Montemayor; mi apellido se heredó como se usaba entonces, exactamente así: Rodríguez de Montemayor.

Una mujer que cuidó de todo y de todos. Norteña, orgullosamente norteña.

Amé estas tierras como amé a mis hijos.

Mis hijos se fueron, algunos para siempre, y la tierra estaba allí, acunando a los que ya no vería.

Enseñen a sus hijos a tener amor a su espacio, hagan que siembren algo en él. Permitan que la semilla del amor al terruño se fortalezca, eso les dará identidad y volverán a su tierra, a su casa y a sus brazos, cada vez que su corazón les grite, cada vez que sus ojos lloren este lugar de apariencia desértica, donde brota el espíritu de lucha y entrega..

Enseñen a sus hijos a amar su tierra... a amar a su patria.

Al terminar se sienta y se pone a tejer.

Leonor Gómez de Castro, con su abanico de mano y su crucifijo al pecho, camina hacia el frente y expone frente al público.

Leonor Gómez de Castro.

Soy Leonor Gómez de Castro. Nací en Cerralvo Nuevo León en el siglo XVIII, en el seno de una familia católica con gran amor a Dios y a nuestros semejantes.

Crecí con la tristeza de presenciar la discriminación a la mujer, vi la forma en que eran despojadas de sus bienes por ser analfabetas... aunque siempre adiviné en la mujer de Nuevo León su naturaleza intuitiva y admiré el genial acierto con que manejan las finanzas familiares.

Ante este panorama considero que la necesidad más apremiante es aprender a leer y escribir, pues la ignorancia es la peste más maligna para un pueblo.

Dios ha sido muy generoso conmigo.

Me une al Estado una gran responsabilidad: el ser esposa de un militar que antes de morir servía al Rey de España. Y como primera dama velé siempre por el bienestar de mis conciudadanos.

Por ello, mi última voluntad es repartir mis bienes ayudando al convento de San Francisco y designando seis mil pesos para mantener un maestro, hábil y capaz, que enseñe gramática a todos aquellos que habrán de servir a la patria... y yo misma estamparé mi firma en ese documento.

Veo, a través de los siglos, que este legado se convertirá en una gigantesca cascada de sabiduría, y vendrán años en que en mi amado Nuevo León no existan analfabetas.

Al terminar de exponer, Leonor Gómez de Castro vuelve a la banca y se sienta.

Ahora Josefa Zozaya se dirige al centro del escenario y habla.

Josefa Zozaya.

Mi nombre es Josefa Zozaya, hija de Cristóbal Zozaya y Teresa Chávarri.

En los primeros años de la década de 1840 la familia pasó a residir a Monterrey, mi querida tierra adoptiva.

Qué felices años quedan en mi mente; yo formaba parte de una familia acomodada, una señorita bien, como suelen decir, que pasaba los días entre fiestas y tertulias. Pero la vida nos conduce a nuestro destino, y el 18 de septiembre de 1846 el ejército americano se presentó frente a nuestra ciudad amenazante y triunfante después de haber derrotado a nuestro ejército en Palo Alto y la Resaca de Palma; los soldados vencidos se refugiaron en esta región procedentes de Matamoros.

En esos momentos en los que el valor del soldado mexicano se puso de manifiesto no podía faltar el apoyo de los civiles, expresado con el corazón y el coraje que caracteriza a nuestra tierra.

A mí nada me impidió llegar hasta la casa de Don Manuel Garza Flores, quien más tarde sería mi esposo, y subí a la azotea de su casa, brinqué bardas y empuñé fusiles; tuve a mano vendas y municiones; comida, si era menester y, sobre todo, un corazón decidido a darle ánimo a la tropa. Podían ver en mis ojos destellos de admiración, lo que les infundía nuevos bríos.

Sentí un hondo dolor por los heridos.

Después de cinco días y cuando los soldados mexicanos estaban reducidos a unos cuantos puntos defendibles, sin armas, parque, ni jefes, se logró una capitulación. Yo formé parte del grupo parlamentario donde se consiguió una honrosa retirada. Me sentí responsable y partícipe de los hechos que harían historia.

Al retirarse el ejército, muchos ciudadanos prefirieron abandonar sus hogares a vivir en una ciudad ocupada por el enemigo.

Sólo el olor del dolor y la muerte habitaron entonces sus calles. El general Worth gobernaría una ciudad desierta y triste. Este era un pueblo abatido por la derrota, pero con la dignidad de quien ha cumplido su deber.

Doy testimonio del papel que representan todas y cada una de las mujeres que como la tierra misma saben del sufrimiento, que con trabajo y lucha permanentes, legado de sus colonizadores, han forjado una herencia de carácter férreo, enérgico, que se ha transmitido de generación en generación como el más preciado don.

Ante esta realidad, qué poco importa haber nacido mujer. He hecho lo que tenía que hacer.

Josefa Zozaya termina y sale del escenario caminando hacia la izquierda.

Andrea Villarreal entra por la derecha y habla.

María Andrea Villarreal González.

Siento frío, un frío que me llega hasta los huesos; no sé dónde me encuentro, tal vez sea la sala de un hospital; se oyen muchas voces, parece que dijeran: ¿Creen ustedes que este despojo humano sea la hermana del gran general Antonio I. Villarreal, quien llegó a gobernador de Nuevo León?... se imaginan que estoy a un paso de la muerte y que ya no siento, ni veo , ni escucho.

Si supieran que fui Andrea, una joven sumamente hermosa e inteligente; apasionada de las letras; que junto con mi hermano luché por la justicia y la libertad, escribiendo en periódicos y arengando

desde la tribuna al pueblo, para que despertara de su marasmo y luchara en contra del despótico Porfirio Díaz. Aún en el destierro en los Estados Unidos, en compañía de mi hermano, seguimos luchando por nuestros ideales uniéndonos a los hermanos Flores Magón y editando el periódico Regeneración, que circulaba secretamente en México.

Nunca me importaron ni el castigo, ni el ridículo; era superior velar por una patria libre y soberana, donde el pueblo, liberado de la esclavitud , gozara de la paz, alcanzada con tanta sangre derramada. Por eso, en un periódico de San Antonio me atreví a acusar al gobierno de Estados Unidos por su "complicidad con el tirano", y cuando días más tarde, en un periódico de San Luis Missouri apareció mi caricatura amenazando con un puñal a su presidente, mi gozo fue completo: así facilitaban mis planes de combate a la tiranía. Entre mayor proyección, mucho mejor.

¡Qué felicidad! logramos derrocar al tirano ¡pisamos de nuevo el suelo mexicano!

Mis recuerdos se van haciendo nebulosos, mas no puedo olvidar el galardón de la rosa de oro que recibí por uno de mis trabajos literarios.

Quienes hacen escarnio de mi pobre cuerpo deberían saber que, en parte, esta paz que gozan me la deben a mí.... porque entregué mi vida por la libertad de este pueblo.

Quiero que sepan que nunca he estado sola, siempre, desde el momento en que fui concebida, la muerte ha estado a mi lado, acompañándome en tristezas y alegrías; y aunque se llevó a mi

esposo y a mi hermano, sigue fiel, a mi lado, esperando el momento en que habremos de confundirnos... para siempre.

Al terminar de hablar, Andrea deberá inclinar lentamente su cabeza y sin moverse esperará a que se obscurezca el escenario.

Segundo acto.

Música.

En el escenario debe haber una banca, al centro; a uno de sus costados una mesita sobre la cual se aprecia un radio, y una mesa frente a la banca para colocar sobre ella algunos libros. Deberá integrarse a la escenografía una mecedora, ubicada a la izquierda de la banca.

Aparecen, parada en el extremo de la banca, Julia Nava de Ruisánchez y, sentada en una mecedora, Rosario Garza Sada de Zambrano.

Julia Nava de Rusánchez avanza hacia el centro del escenario y se dirige al público.

Julia Nava de Ruisánchez.

Allá por 1883 me llegó la luz primera. En la linda serranía de mi querido Galeana. ¿Qué estrella me guiará? Eso no puedo saberlo. Lo que sé de cierto es que desde muy joven pensaba: "La guerra no se gana solamente en las trincheras, sino también con ideas". Así, Julia Nava de Ruisánchez decidió declararle la guerra a la ignorancia, la miseria, la injusticia social y a la desigualdad que sufría la mujer. Lo hice con mis únicas armas: mis pensamientos y mi pluma.

Cuando me gradué de maestra recorrí muchos rumbos, unos buenos y otros no tanto... pero de todo aprendía.

Tengo gratos recuerdos de Tamaulipas; ahí trabajé como maestra y la vida me dio al que fuera mi compañero. Después pasamos a residir a la capital, justo cuando la nación quería romper el yugo del porfiriato, por 1909. Me hice de amigos; anduve con los hermanos Serdán en Puebla, milité en clubes antirreeleccionistas, ayudé a los maderistas con su propaganda y, a la Muerte de Madero, me llevaron a la cárcel por un manifiesto que publiqué contra Huerta.

Hubo también otros logros: escribí en algunos diarios, asistí a congresos fuera del país y conseguí una beca para estudiar en Europa. A mi regreso emprendí la tarea de luchar por la mujer y por abrirle opciones a través de la educación; de esta manera, colaboré en la fundación de carreras como la de Trabajo Social y Auxiliar en Enfermería; también formé clubes femeniles, Centros para Madres...todo encaminaba a la mujer a ejercer sus derechos.

Mi vida ha sido muy inquieta, siempre me gustó escribir cuentos, novelas...comunicar mis ideas fue sin duda mi mayor anhelo.

Ahora sí, mis muy queridas paisanas, yo les dejo la tarea de declararle la guerra a los enemigos actuales: la corrupción, la negligencia, la desconfianza, la injusticia social y otros que ustedes bien conocen. A combatir con sus armas, que son más y mejores que las mías. Con una educación más amplia y mucha tecnología; ustedes tienen otro punto de partida.

¡A luchar sin darse tregua!, pues el enemigo acecha y puede acabar la patria, que es la herencia para los que vienen atrás.